

# 1

## BOMBA VA

Hola, me llamo Gloria, tengo treinta años y soy adicta al trabajo. (Ahora es cuando un grupo de terapia diría aquello de «¡Bienvenida, Gloria!»). Pero mi mejor terapia es disfrutar con lo que hago. Mi padre me dijo un día que si trabajaba de lo que me gusta, no tendría que trabajar jamás. Esto le costó tiempo decirlo, todo sea dicho, pero los padres son sabios y dicen verdades como puños. Desde hace cinco años, vivo inmersa entre tules blancos, flores y todo lo que acabe con la coletilla «De novia». Ramos de novia. Zapatos de novia. Trajes de novia... Soy Wedding Planner. ¿We...qué? Organizo bodas y eventos. Realizo el diseño integral. Ayudo a los novios con la elección de la iglesia, el espacio de celebración y con el temido presupuesto. Les asesoro con la elección de proveedores, trámites legales y protocolo de la boda. Visitas técnicas. Coordinación el día del evento. Decoración. Inventar ramos cuando a las novias se les olvida. Esconder sorpresas de amigos y familiares. Limpiar baños que se estropean. Recoger a familiares de los novios en aeropuertos. Hacer nudos de corbata por doquier. Secar vasos. Algunas veces, olvidarse del arroz. Subir a sitios imposibles para hacer las mejores fotos. Llorar cuando entra la novia y cuando la ve llegar el novio. Ayudar a las novias a ir al baño. Envasar botes de miel. Hacer lacitos. Cerrar sobres. Poner lacres, pegatinas y cuerda a todo tipo de objetos. Buscar carpas de un día para otro. Cuidar a perros durante el cocktail. Desmontar ceremonias en un abrir y cerrar de ojos. Encender velas más rápido que la luz. Llamar a curas que llegan tarde. Hacer sesiones de Skype de madrugada con novios extranjeros. Desmontar la decoración un domingo. También hacer limonada y aguas de sabor. Inventar ceremonias en pistas de paddle. Sobornar con chocolate a los niños de las arras. Hacer torres con copas de champán. Vivir dentro de la aplicación del tiempo. Recuperar autobuses que se pierden. Volar águilas para el momento de los anillos. Pintar piedras con el nombre de cada invitado. (En bodas de trescientos, también). Cenar en la cocina o donde se tercié... Jennifer López en la película “*Planes de boda*” es un paseo en barca. Palabrita. Mi currículum más formal dice que estudié administración y finanzas y que soy de letras.

Mi currículum más personal dice que llevo las bodas en vena y que soy un poco culo inquieto. Me gusta el helado de chocolate. Odio el fútbol en la radio y las etiquetas kilométricas de la ropa. Me encanta el cine y la música. El olor a lavanda. Los paseos por la playa en bicicleta. Las buenas noticias y los lunes. Se me da fatal la cocina. Creo en la ley de Murphy y en el destino. Siempre empiezo un libro por la última frase. Adicta a las buenas conversaciones con una copa de vino y a las puestas de sol. De estas últimas guardo un sin fin de fotos en el móvil, me encanta coleccionar atardeceres y momentos. No siempre he trabajado en lo que me apasiona. De hecho, mi vida cambió hace cinco años. Aunque, a decir verdad, fue exactamente hace diez.

*9 de junio de 2008*

Mis días transcurren frente a un ordenador haciendo facturas y archivando rentas en una asesoría de Valencia. Dicen que un día normal en Mercurio dura mil cuatrocientas ocho horas aproximadamente. Lo mismo que dura un lunes mío en La Tierra. Odio los lunes con todas mis fuerzas. Trabajo en Blesa Asesores. Una empresa familiar ubicada en el centro de la ciudad en un piso antiguo, amplio y coqueto. Don Adrián es el padre de familia. Un hombre rudo. Educado. Con carácter. De unos setenta y pocos. Tiene clase. Siempre viste con sombreros. Enviudó hace seis años. Sigue trabajando porque es su pasión. Y no sabe hacer otra cosa, dice. Amanda es la mayor de tres hermanos. Cuarenta y tres años. Felizmente casada con Arturo, un hombre de negocios que siempre está fuera por trabajo. Tienen dos hijas pequeñas que a mí me dan mucha ternura cuando van a ver a su abuelo al despacho y corren por el pasillo a abrazarle a la vez que gritan «Abueeeelooo». Amanda no veía el momento de tener familia. Hasta que tuvo gemelas a los cuarenta. Tienen una *nani* que las lleva al colegio, les da de comer y las lleva a las extraescolares. Pasa media vida en el despacho. Vive interna en casa de Amanda. Por suerte, en el mismo edificio, tan solo dos pisos más arriba que la asesoría. Carmen es la mediana. Se quita tres años con Amanda. Pero parece que

sea la mayor. Viste clásica. Se peina clásica. Y lleva gafas clásicas. No tiene pareja. De hecho, no tiene tiempo de conocer a nadie, dice. Ha sacado el carácter de su padre, pero sin educación. Cuando se enfada, grita como una posesa. Que suele ser muy a menudo. Luego está Fernando, el hijo pequeño. Treinta y pocos, ingeniero y con su propia empresa. Solo pasa por el despacho para visitar a su padre y a sus hermanas. Tiene novia. Aunque no la conozco. Me levanto todos los días a las ocho menos diez para poder coger a tiempo el tren. Odio madrugar. Llevo tiempo pensando comprar una moto. Estoy harta de salir corriendo del trabajo o esperar más de media hora al próximo tren si lo pierdo. Podré dormir un poco más, aparcar en la puerta y salir tranquilamente del trabajo. Por no hablar de lo poco que gastaré en gasolina. Soy de ideas fijas, así que esta noche soltaré la bomba mientras cenamos.

—Mamá, papá, quiero comprarme una moto —digo muy seria.

—Ni moto ni mota —contesta mi padre sin levantar la cabeza de la ensalada.

Mi madre lo tiene a dieta. A regañadientes, claro. Mi padre y yo somos tan iguales que sabemos lo que está pensando el otro con solo mirarnos. También somos igual de persistentes y aventureros. Él también tuvo una de joven y no puedo creer que no me deje tener una.

—No te he dicho que me la compres. Te he dicho que quiero comprarme una moto. —Dejo el vaso de agua encima de la mesa y paso al plan B; morritos y caída de ojos

—Te digo que una no, cómprate dos. O siete, una para cada día de la semana. —Se ríe mientras se lleva un trozo de lechuga a la boca

—¡Pero papááááá! —Mi cara de perrito pachón hace rato que ha dejado de funcionar—. No te estoy pidiendo permiso. Te estoy informando —sentencio.

Me levanto de la mesa. Llevo el plato a la cocina y me voy a mi cuarto. No quiero postre. Se me han ido las ganas. Me tiro en la cama. Abro el portátil y leo opiniones de las dos motos que me gustan. Vespa Primavera o Habana Custom, he ahí la cuestión. Habana: Dos tiempos, refrigeración por aire, freno delantero de disco y trasero de tambor, testigo de reserva y caballete central. Leo una opinión de un tal Antonio:

«Hace unos meses me compré una de segunda mano. Si te gusta correr no es tu moto, pero le estoy dando muchos kilómetros y sin ningún problema. Perfecta para disfrutar de la ciudad, parece como ir sentado en un sofá con motor». Genial, no corre mucho y es cómoda. Perfecta. Vespa. Dos tiempos, cuatro válvulas por cilindro, refrigeración por aire forzado, hueco bajo el asiento, guantera, caballete central y pata de cabra. A Marina le parece ideal para transitar por ciudad. No consume mucho y va como un tiro, dice aquí en un foro de motos. Lo del hueco bajo el asiento me vendrá genial para guardar el casco. Sigo igual de confusa. En mi casa somos de aportar a la economía para ayudar con los gastos. Entre eso y los caprichos he tardado más de la cuenta, pero por fin tengo el dinero y un ansia viva por las nubes. Ya me imagino serpenteando entre los coches con el viento en la cara. Eso sí la autoescuela me da una alegría, porque todavía no me han dicho si he aprobado o no. Dejo sonar las cinco alarmas que pongo en el móvil. Me desperezo. Me lavo los dientes. Me pongo unos vaqueros, camisa blanca y Oxford azules. Me doy un poco de color en la cara y me pongo unas gotitas de Narciso. Desayuno un vaso de agua y salgo hacia la estación. Ya en el vagón, saco un libro del bolso y retomo por dónde me había quedado leyendo. Esta novela me está durando bastante, la empecé el mes pasado y todavía voy por el capítulo diez. Esto sería normal si no los devorara. Leo unos tres al mes. Creo que pronto en FNAC pondrán una foto mía con el pie «Clienta del mes». Me encanta pasar horas allí. A veces me siento en el suelo enmoquetado de la zona de librería, en la sección de novela romántica y leo sin parar. Empiezo por el primer capítulo y ya no puedo parar. Hasta que viene un dependiente, me dice que no es una biblioteca y me baja a la tierra de un plumazo. Llego a mi parada. Ando dos calles y cruzo el portal de la asesoría. Cierro las puertas metálicas del ascensor con un golpe seco. Presiono el botón número dos que se hunde ligeramente. Una campana avisa que es mi piso y abro las puertas con fuerza. Toco al timbre y me abre Carmen. No sé porque no tengo llaves todavía, si las tiene todo el mundo. Creo que hasta el de Aquaservice las tiene. Llevo un año trabajando aquí. Me seleccionaron a través de un portal de esos que te inscribes y te dicen «Ya te llamaremos». Y lo hicieron a las dos semanas. Doy los buenos días a todo el mundo y abro las ventanas de par en par del despacho de Don Adrián, que aún no ha llegado. Le gusta sentir el aire fresco de buena mañana. Enciendo el ordenador y hago unos trámites que me pidió ayer Amanda para primera hora. Llamo a la autoescuela a ver si

ya tienen los resultados de mi examen de ciclomotor. Pero no me lo cogen. Estoy con el ansia por las nubes, me va a dar algo si no se nada hoy. Se me pasa la mañana volando. Son las dos en punto. Hora de parar a comer. Como con Blanca todos los días en la cocina que tenemos en el despacho. Así no tengo que hacer tantos viajes a casa. Blanca es la chica que está de prácticas. Se encarga de la contabilidad en la asesoría. Viene todas las mañanas de un pueblecito de Castellón que está a una hora y cuarto de Valencia. Blanca es recatada y siempre viste con estampados florales. No es muy corriente para la edad que tiene, que debe rondar los veinticinco. Pero es muy alegre y no calla bajo el agua.

—¿Qué tienes hoy para comer? —me dice mientras abre su táper con cara de no gustarle lo que hay en el interior.

—Ensalada de primero y carne empanada de segundo. ¿Y tú?

—Pasta.

—Se te va a quedar cara de macarrón. —Siempre lleva pasta.

—Oye, ¿cómo llevas lo de la moto? ¿Te has decidido ya?

—Qué va. No sé qué hacer.

—Yo si fuera tú me compraba una Harley Davidson.

—Pero ¿qué dices? —Me contagia con una carcajada.

Tiene una de esas risas pegadizas. Y ahí, muertas de la risa por el disparate que acaba de soltar, terminamos de comer y recogemos los restos. Regreso a mi mesa llena de papeles y archivo unas rentas en la habitación del archivador. Me encanta esta habitación. Es fresca y luminosa. Está llena de estanterías con libros y rentas de varios años. Huele a papel y a veces me paso tardes enteras allí. Unas, porque Carmen tiene una pila entera de papeles que llevan mi nombre, y otras porque me encanta evadirme un rato de ella cuando no tengo nada mejor que hacer. Mando un email y apago el ordenador. Salgo pitando a las siete y tres minutos hacia la estación. Llego a tiempo de ver cómo se va mi tren. Bye. Me toca esperar media hora hasta el próximo. Saco la novela del bolso y continúo la lectura por dónde dice mi marcapáginas, que es una entrada de cine de cuando fui hace un año a ver una película con unas amigas. La película no fue muy buena, pero lo pasamos genial y la guardo con cariño. Soy de esas personas que guardan recuerdos entre los libros.

—¿Pero no has visto qué hora es? ¡Vas a llegar tarde!

Abro un ojo y cojo el móvil. Lo desbloqueo y veo en la pantalla las ocho y treinta y ocho minutos. ¡Mierda, mierda, mierda! Salgo pitando para el baño, me aseo en cero coma y me visto corriendo. Hoy no tengo tiempo de escoger modelito, me pongo lo primero que pillo. Vestido estampado y sandalias. Mi madre, sabia ella, me espera con las llaves del coche en la puerta de casa. Vivimos a diez minutos de Valencia, cuando no hay mucho tráfico. Nos detenemos en un semáforo donde hay una tienda de motos.

—¿Has mirado aquí lo de la moto? Me dice mi madre con un poco de sorna. Sabe que no abandono nada fácilmente y que sigo pensando en la bomba que lancé la otra noche mientras cenábamos.

—¿Qué moto? ¡Ah, sí! La moto —digo mostrando desinterés—Quizás me pase.

No vuelve a sacar el tema en lo que queda de trayecto. Ninguna vuelve a sacar el tema. Hace un calor horroroso de buena mañana. Parece que sea pleno agosto. Bajo la ventanilla a tope y saco un poco la cabeza, me encanta el viento en la cara. Aunque eso suponga llegar con pelos de loca al trabajo.

## 2

# EL DÍA QUE ME VENDIERON LA MOTO Y ALGO MÁS...

*10 de junio de 2008*

Es la hora de la comida. Abro el querido táper de mi madre y me siento con Blanca entre facturas y trimestres a comer. Los aparto a una esquina de la mesa. Hoy toca lentejas. Hago otra llamada a la autoescuela, pero la secretaria me dice que la profesora ha salido y volverá más tarde. Miro el periódico que trae todas las mañanas Don Adrián mientras devoro la comida. Limpio y guardo el táper. Preparo café para Blanca y para mí, pero yo me añado un chorrito de leche condensada. Acabo de archivar unos documentos y a las siete en punto salgo pitando. Ya en la estación, me empieza a vibrar el móvil.

—¿Sí?

—¡Hola, Gloria! Tengo buenas noticias. ¡Has aprobado el examen de ciclomotor! Necesito que te pases a primera hora por la autoescuela para que me firmes unos documentos y te dé el permiso provisional.

—¿En serio? ¡Yuju! —se me escapa un grito de la emoción y dos señoras, que esperan en el banco de al lado, me miran como si estuviéramos en el médico con un cartel que hace el gesto de silencio—. Mañana a primera hora estoy ahí —susurro.

Abro la novela y me sumerjo en ella. Lo bueno de ir en tren es que me deja tiempo para leer. Controlo las paradas mentalmente y bajo una antes que de costumbre. Mientras leía he pensado en las palabras de mi madre y quiero informarme sobre la moto en esa tienda. Además, es oficial, ¡he aprobado! Ando un par de calles y llego enseguida. Empujo la puerta y suena un móvil metálico que hay encima de ella. Avisa de mi entrada. Sale un hombre de unos sesenta y pocos. Mi familia siempre ha tenido una extraña fijación con las edades. Si cuentas algo de alguien tienes que decir su edad. Es una característica muy importante. Si es famoso y no lo sabes, lo buscarás en internet. Eso es así.

—¡Hola! Dime.

—Quería información de una moto, bueno de dos.

—Ahora sale mi hijo. —El hombre se va sonriente.

Se vuelve a meter en el taller como si nada. Al momento sale un chico mucho más joven. De unos veintialgo. Alto. De complexión atlética. Con el pelo un poco alborotado. Ojos marrones. Y sonrisa atronadora.

—¡Hola! ¿En qué puedo ayudarte?

Acaba de arrasar cada centímetro de mi piel. Como un huracán que arrasa todo a su paso. No me salen las palabras. Noto que me estoy sonrojando por momentos y una ola de calor me sube por todo el cuerpo.

—¿Te puedo ayudar en algo? —me repite.

—Hola, quería información de dos motos.

—¡Muy bien! Estás en el sitio correcto. ¿Cuál querías?

—Vespa Primavera y Habana Custom. —Un cosquilleo se me instala en la boca del estómago. ¿Pero qué me pasa? Solo me ha dicho dos frases y ha sido suficiente para dejarme k.o. mentalmente.

—Dos motos muy chulas. Ven, te las enseño.

Charlamos un rato sobre las características de las dos. Me subo en ambas. Las pruebo. Las miro y las vuelvo a mirar. Como a él, que no puedo dejar de mirarlo. Tiene algo que hipnotiza. Y es tan dicharachero. ¿Será un vende motos de verdad? ¿Tendrá pareja? ¿Estará casado y con hijos? No, se le ve muy joven para eso. ¿O no?

—¿Y bien? —me pregunta levantando una ceja a la vez que pone una sonrisa pícara.

—Me quedo con la Habana Custom —contesto como si fuera un resorte. Lo tengo claro.

—¡Genial! Es preciosa. ¿Qué color te gusta? Está en negra, azul o beige.

—Me encanta beige, la verdad.

—Perfecto. Déjame que llame a la casa y pregunte si pueden traerla para mañana.

Llama por teléfono apoyado en el mostrador mientras se atusa el pelo alborotado con la mano que le queda libre. Habla con el interlocutor y oigo cómo le dicen que mañana al medio día la tendrá en la tienda con el resto del reparto.

—No saben cuándo podrán traer la moto. Me tendrás que dejar el teléfono para que pueda avisarte. —Suelto una carcajada mental.



Pero le doy el teléfono encantada. Tras despedirnos. Arranco a caminar lo más deprisa que puedo mientras analizo qué ha pasado en esa tienda de motos. «Bip, bip» Suena mi móvil. Un escalofrío me recorre todo el cuerpo al leer el mensaje que acabo de recibir. «Mañana al medio día traerán tu moto. Me has caído genial. Te dejo mi Messenger por si quieres que hablemos». Llego a casa y lo primero que hago es abrir el portátil. Me tumbo en la cama y abro el Messenger. Lo agrego a mi lista de contactos y veo que está «Conectado».

—Hola, ¿qué tal? ¡Vaya rapidez los de Aprilia!

Qué fácil es escribir en un teclado y qué difícil cuando lo tienes cara a cara. ¡Madre!

—Sí. Justo me llamaron cuando te fuiste. Me llamo Óscar, por cierto.

—Gloria, encantada. Dime, ¿eres tan dicharachero siempre? — Me alegra que no pueda ver cómo me sonrojo.

—Lo llevo de serie. ¿Cuántos años tienes? Yo 32.

¡La Virgen! Bomba es la que acaba de soltar él y no la mía la otra noche en casa. Se hace el silencio. ¿Treinta y dos? ¿He leído treinta y dos? Yo todavía estoy en la era del uno. ¡Tengo diecinueve! Ahora mismo solo pienso en salir con mis amigas. En bailar hasta el amanecer o hasta que me duelan los pies. Pienso en irme de Erasmus, yo que sé. Claro que el miedo a veces hace que nos perdamos cosas maravillosas en la vida. Siempre he pensado que hay que decir que sí, aunque te estés muriendo de miedo, de todos modos te vas a arrepentir toda la vida si contestas que no.

—¿Hola? ¿Sigues ahí? —Me da un «toque» y vibra toda la pantalla, con sonido incluido.

—Sí, sí. Tengo 20. —Me pongo uno de regalo. El dos impactará menos que el uno, total los cumplo en unos meses, es una verdad a medias.

—¡Vaya! Te hacía más mayor.

—Y yo más joven.

Joder, si le hacía unos veintipocos. La verdad es que no los aparenta para nada.

—Estás invitada a lo que quieras.

—¡Tomo nota!

Me doy una ducha rápida y me visto corriendo. He quedado con unas amigas. No dejo de pensar en esa conversación. No comento nada. De momento, lo reservo para mí, aunque me notan algo distraída. Salgo echando humo de la asesoría. Llego a tiempo de coger el tren de las siete y

cinco. Bajo una parada antes y ando un par de calles. Entro en la tienda. El móvil metálico que está sobre la puerta avisa. Sale Óscar sonriente, limpiándose las manos que las tiene manchadas de grasa.

—¿Qué te parece? Es tuya, ¡súbete!

Sus palabras son órdenes para mis oídos. ¿Qué te pasa? Solo lo conoces de un día. No sabes nada de él, excepto que trabaja en una tienda de motos y que te dobla la edad. No, mejor, se quita la misma edad contigo que con tu madre. Esa sí que es buena.

—Es preciosa. ¡Y mía! Por fin es mía. Suspiro orgullosa.

—Ahora busquemos un casco para esta preciosidad. De moto, digo.

—¿Qué haces el viernes?—¿Eso acaba de salir de mi boca? No sé si abofetearme mentalmente o aplaudirme.

—Es posible que salga con unos amigos. Si al final no quedo con ellos, podríamos ir a tomar algo, o ir al cine, si te apetece.

—No soy segundo plato de nadie, gracias. —Me echo a reír. ¿Pero qué se ha creído?

—No quise decir eso, disculpa. Si finalmente no voy, estaría encantado de... mmm... Que fuéramos al cine. —Se le nota tembloroso. Sé que no ha querido decir eso. No seré borde.

—Está bien, llámame si te apetece. Eso sí, elijo yo la peli. —Dejo la moto un día más en la tienda, hasta que no practique un poco no me atrevo a cogerla.

Suenan las cuatro alarmas de mi móvil. Abro un ojo. Luego el otro. Consigo levantarme. Me lavo los dientes y me visto. Me pongo unas gotitas de Narciso. Bebo un vaso de agua y salgo por la puerta. Hace un calor horroroso. Me siento en el vagón y saco mi novela. Seis paradas más tarde llego a la asesoría. La mañana se me pasa volando. Carmen me manda a hacer unas gestiones fuera del despacho. Me encanta hacer gestiones por el centro. Voy al abogado a recoger unos mandatos. Luego al Registro Mercantil y después a Hacienda. Regreso para la hora de la comida.

—¿Qué te ha hecho hoy la cocinera? —dice Blanca.

—Hamburguesa con queso, ¿y tú? —le digo con la boca llena mientras la saboreo.

—Adivina —Me dice con los ojos en blanco.

—¿Pasta?

—¡Bingo!

—Al final se te va a quedar cara de macarrón, verás.

—Oye ¿Miraste ayer lo de la moto?

—Mmm sí. —Se me escapa una sonrisilla.

—Vaya, vaya... ¿eso qué significa?

—Eso digo yo, ¿eso qué significa?

—Yo pregunté primero señorita. ¿A qué viene ese Mmm y esa sonrisilla?

—¿Que dices? Anda, anda —intento quitarle hierro.

—¡Pero si te has puesto roja y todo! —Sabe que miento fatal.

—Vale, está bien. Ayer por la tarde fui a preguntar lo de la moto a la tienda que me dijo mi madre. Me atendió un chico muy majo y muy simpático. Me dio su Messenger y hablamos un rato.

—¿Y?

—Tiene treinta y dos años. —Me limpio un chorrito de ketchup que me cae por la comisura de la boca.

—¿Y?—No parece sorprenderle.

—Nada, que se quita la misma edad conmigo que con mi madre. ¿No es raro?

—Pero bueno, ¿desde cuándo la edad es algo más que un número? ¿Que son trece años? Ná. Mira si no, Harrison Ford y Calista Flockhart, Michael Douglas y Catherine Zeta Jones, Demi Moore y Ashton Kutcher, Julio Iglesias y Miranda, Doña Cayetana de Alba y Carlos Díez, Shakira y Piqué... Todos se llevan más de diez años y míralos, tan felices. Tiene razón. Tiene toda la razón. No debería de importarme en absoluto.